

propone una moral para el mañana. Tachar su obra de inmoral es equivocarse. Cuando Pierre Louys publicó «Afrodita», la voz burguesa de ciertos críticos calificóla de inmoral. Hasta cierto punto tenían razón. Khrysis, la maravillosa sensitiva que se irguió un día en el templo de Alejandría desafiando así todas las leyes sólo por hacer suyo a Demetrios, puede ser en nuestro concepto contemporáneo una mujer inmoral. Las mujeres de Verona son morales, sólo que su moral tiene el soplo lejano del futuro.

Guido da Verona es un espíritu inquieto y móvil de artista verdadero. Para él la belleza sobrepone su influjo sobre todos los convencionalismos. Alienta en el fondo, allá en lo más recóndito de su espíritu lleno de visiones futuras, un ensueño pagano maravilloso y soberbio. Desdeñando la hipocresía de la sociedad que retrata en sus obras, sueña con una rectificación de valores morales. Esa inmoralidad que late en su optimismo ¿es criticable?, ¿debe exigírsele al artista que sea moral? Ritcher suprimió en la obra de arte los valores morales y tenía razón. La aseveración de algunos moralistas modernos de que lo que no es moral no es bello, no tiene, y está muy lejos de ello, un fundamento real. El propio Max Nordau, que en «Degeneración» muéstrase partidario de la belleza moral afirmando que lo moral es bello siempre y que, recíprocamente, toda acción bella es moral, declara en una obra teatral, *El derecho de amar*, que el artista que

tiene la característica de la fuerza creadora tiene el derecho, por obra de su misma imaginación, de romper a veces, con las concepciones absolutas que gobiernan a la sociedad en que vive. Guido da Verona, que proclama cánones morales acordes con su modo de sentir, atacando así puntos fundamentales en la armonía humana, y sentando principios contrarios a lo que ha sido básico en la constitución del conglomerado social, tiene como justificación la sed optimista que domina toda su obra. Ha querido dar a la razón humana una pauta nueva. Ha soñado tejer con la rosa negra del egoísmo una guirnalda que adorne la vida. Su espíritu de artista en oposición con su tiempo, lo lleva más lejos quizá de lo que él mismo imaginara en un principio. No soñemos detenerlo en su vuelo. Veamos sólo en él, no al moralista equivocado, no busquemos lo razonable que se apoya en el sentido común:

razón menguada
que no ha sido ni artista, ni vidente
ni salvador, ni redentor ni nada

como cantó la musa sonora de Díaz Mirón. Veamos sólo al artista optimista que quiere dar en sus obras un aspecto amable de las cosas, capaz de contrarrestar a la realidad misma, mucho más amarga que el alma de su egoísmo.

ALBERTO LAMAR SCHWEVER

Habana. Stbre. 1922.

negro el agua levantaba con gesto inútil sus arquitecturas de cristal. La de los palacios y los jardines parecía más pura. Versalles parecía pasteurizado. Pero no ha sido en Versalles, ni han sido los sabios quienes han conmemorado mejor a Pasteur. Todo el mundo en Francia, como en una inmensa iglesia laica, ha dado su óbolo a los cepillos que corrían las calles por San Pasteur, el abogado contra tantas enfermedades, y para Nuestra Señora la Ciencia. Pasteur fué un católico, apostólico y romano, pero es un santo laico de la iglesia republicana francesa, uno de los mayores santos de la humanidad. Sí; la humanidad ha puesto su fe del carbonero en la ciencia y en Einstein, que es su profeta.

Me confieso de haber dado mi óbolo a uno de los cepillos de San Pasteur y considero tentadora, como un pecado, aquella máxima de Nietzsche: «Despreocupados, burlones y violentos tal nos quiere la sabiduría: es mujer y no ama más que al guerrero». Después de todo, es probable que la sabiduría necesite, tanto como de guerreros, de santos, si no es que un Pasteur es el santo guerrero de la sabiduría.

CORPUS BARGA

París y mayo.

(*El Sol*, Madrid).

Balada de los perfectos anarquistas

(Al nobilísimo RODOLFO ARGÜELLO, a quien daría mi voto para la presidencia de la República, si yo fuera ciudadano).

La ballade des pendus, para los ahorcados, uno de los traviosos, locos y libertados

poemas del gran duque de bohemios, Villon, con voz del siglo quince, repite la canción

de los niños terribles, de los Gualtero sin hacienda, sobre quienes, descarga el
[Sanhedrín

sus golpes más tremendos. Somos las
[ovejitas
que no tienen pastor, pobres viudas
[marchitas,

exlege, parias, locos, mansas bestias de
[carga,
que van por un camino que más y más
[s'alarga.

Y por todo el camino, sólo piedras hostiles, y polvo, mucho polvo, regazo de serviles.

Y un lobo de colmillos agudos, pasa y pasa, muy a sus anchas, como va Pedro por su
[casa.

¡Mucho cuidado niña! ¡Tiembla Caperucita!
¿Es el gobierno casa del infierno, maldita?

Yo seré, tú serás, ¿seremos devorados,
por el lobo de grandes colmillos afilados?

Las fiestas de San Pasteur

ESTAMOS en fiestas del centenario de Pasteur. ¿A dónde ir «al santo»? ¿A su país, frente al Jura, el Franco-Condado, cuya nostalgia, cuando él vino, por vez primera, estudiante a la capital, le obligó a dejar los estudios y volver al pueblo; el país, sin embargo, del héroe, rojo y negro, de Stendhal? ¿A su laboratorio, su pobre laboratorio aislado en la leyenda del Barrio Latino? ¿Al Instituto de su nombre? ¿A la Sorbona? ¿A la Universidad de Estrasburgo? ¿A Marnes-la-coqueta, camino de Versalles, lugar de la fauna viviseccionada—caballos, perros y esas ratas con ojos de piedras preciosas: los conejillos de Indias—, en la casa de campo donde Pasteur murió santamente en medio de sus animales mártires? El cuarto en que murió—el lecho, la mesilla, una silla, una mesa, un armario—se conserva, triste y frío, en su estilo honesto Luis Felipe.

El concilio internacional de sabios

y sabias, reunido en memoria de Pasteur, ha ido hasta Versalles. Allí, en una galería alusiva del Palacio, la Galería de las Batallas, se ha celebrado un banquete de mil cubiertos, en el que todos eran sabios, menos los que éramos, por el contrario, periodistas. Sabios de casi todas las naciones han partido juntos el pan. Hace poco, en Londres, en la reunión de todos los clubs literarios internacionales, partían asimismo el pan juntos escritores de casi todas las naciones. Como es natural, siempre hay escritores y sabios de cuchara. Al mitin londinese, en el que Shakespeare era el convidado de piedra, no faltaron buenas plumas. El convidado de piedra, Pasteur, en el banquete versallesco hizo que no faltaran los hombres sabios.

De los españoles, reconocí al doctor Pulido; mas estaba también el gran Cabrera. Los sabios, en Versalles, vieron correr las fuentes: hacia un cielo